



Colaboración

Por Fernando Díaz Miñón

El veraneante, una especie en peligro de extinción

Terminó el verano. Vuelta a la rutina; los niños al colegio, los padres al trabajo y los pueblos a la soledad de sus calles. ¿Y los veraneantes? ¿Qué ha pasado con todas esas personas que pasaban la totalidad del periodo estival en los pueblos? Parece como si ya no hubiera veraneantes de aquellos que llegaban al pueblo nada más terminar el curso escolar y permanecían allí hasta que los niños tenían que regresar al colegio. El proceso del veraneo era muy sencillo. En un primer viaje y con el coche (SEAT 600, 850, 124 etc.) hasta los topes llegaba la familia al completo, se instalaban en la casa, propia o de la familia, y se preparaban para pasar los siguientes tres meses en ese lugar. Luego el padre, cabeza de familia inequívoca de entonces, volvía a la ciudad, al trabajo y se quedaba de “Rodríguez” en su domicilio habitual hasta el siguiente fin de semana. Dos días en el pueblo y vuelta a empezar. Mientras tanto la mujer, los hijos e igual algún abuelo, disfrutando de la paz y tranquilidad del pueblo. Antiguamente este proceso del veraneo era algo tan importante que hasta se publicaba en los periódicos de la época la llegada de las familias veraneantes al pueblo. Aquello, evidentemente, era algo rancio y propio de una época falta de libertad y con muy marcadas diferencias sociales. Los veraneantes eran de distintos tipos, unos demasiado clasistas, otros menos clasistas pero distantes, otros más cercanos pero alejados de los problemas del pueblo y otros participaban en la vida del pueblo como un vecino más, en muchos casos con más ganas que los mismos vecinos. Pues ese modelo de veraneante del que estamos hablando está poco a poco desapareciendo, si es que no ha desaparecido ya. Hemos cambiado la paz del pueblo por la aglomeración de las playas, el espacio infinito del monte y del campo por un metro cuadrado de arena, estar rodeados de gentes conocidas y queridas por estar rodeados de guiris de color rosáceo y chulos de playa, la noche fresca y placida por el calor pegajoso, la comida, la cerveza y el aperitivo en nuestro bar de siempre por el chiringuito de playa. ¿Por qué se han producido todos estos cambios? La sociedad ha cambiado, la mujer se ha incorporado al mundo laboral, los viajes están al alcance de la mayoría y nos gusta conocer nuevas culturas. Para algunos la sensación de haber estado de vacaciones es mayor si se va a algún sitio con hotel

y todo incluido aunque esto nos cueste un ojo de la cara y luego la cuesta de septiembre se convierta en un puerto de categoría especial. Lo más chocante para mí es que aún hoy en día hay muchas familias en las que solo trabaja el hombre, siendo la mujer la encargada del cuidado y atención de los hijos y del hogar. En estos casos y teniendo en cuenta que muchas de esas personas de las que hablamos cuentan con casa propia o familiar en nuestro pueblo (Villanueva de Cameros) me sorprende que no prefieran residir en el pueblo durante los meses de calor dando la posibilidad al que trabaja de subir y bajar del pueblo a la capital y viceversa. Llega el viernes y oyes con frecuencia la siguiente conversación; ¡que calor por ahí abajo! ¡ Ya tenía ganas de subir! Y yo siempre les contesto lo mismo, pues quedaos aquí ¿qué necesidad tenéis de permanecer en la capital pasando calor con lo bien que se está en el pueblo? Quedaos más tiempo, darle alegría al pueblo con vuestra presencia, evitad la tristeza de recorrer las calles en pleno mes de julio y no cruzarse con nadie. Esto es genial, tranquilo y con multitud de actividades para realizar.



Para terminar diré que yo, que me puedo considerar uno de los últimos veraneantes en ejercicio, sigo prefiriendo el pueblo. Al resto de veraneantes no los busquéis, no quedan, somos una especie en serio peligro de extinción.